

vez que el anciano hubo salido.—De modo que espero que no me tratará usted como querida. Tengo que hacerle á usted dos observaciones. En primer lugar, que no quiero disputar estúpidamente á un hombre amado, y después que no quiero pertenecer ya á ningún hombre del mundo; porque creí ser amada por una especie de Rizzio que no tiene corazón, por un hombre completamente libre, ya ve usted adónde me ha traído mi fatal conducta. Usted está bajo el yugo del deber más santo; tiene usted una mujer amable y deliciosa, y, finalmente, es usted padre. De modo que ni usted ni yo tendríamos excusa, y seríamos dos locos.

—Beatriz querida, todas esas razones quedan anuladas con estas solas palabras: nunca he amado á nadie en el mundo más que á usted, y me casaron á pesar mío.

—Sí, esa fué una mala pasada que nos jugó la señorita de Touches—dijo la marquesa sonriendo.

Tres horas pasaron, durante las cuales Beatriz mantuvo á Calixto en la observación de la fe conyugal, proponiéndole el horrible ultimátum de una renuncia radical á Sabina. Según decía ella, en la horrible situación en que la colocaría el amor de Calixto, sólo esto podía tranquilizarla, sin tener en cuenta, por otra parte, que el sacrificio de Sabina era poca cosa, pues ella la conocía bien.

—Hijo mío, tu mujer es una verdadera Grandlieu; morena como su madre la portuguesa, por no decir amarillenta y seca como su padre. Si he de decir la verdad, creo que no se perderá nunca, porque es una especie de marimacho que ya puede marchar solo. ¡Pobre Calixto! ¡Es esa la mujer que usted merecía? Tiene hermosos ojos, pero esos ojos son comunes en España, en Italia y en Portugal. ¡Puede encerrarse la ternura bajo formas tan vulgares? Eva es rubia; las mujeres morenas descienden de Adán, mientras que las rubias descienden de Dios, cuya mano imprimió á Eva su pensamiento una vez acabada la gran obra de la creación.

A eso de las seis, Calixto, desesperado, tomó el sombrero para marcharse.

—Sí, vete, amigo mío, no le des la pena de que coma sola.

Calixto se quedó. ¡Era tan fácil engañarle siendo tan joven!

—¿Se atrevería usted á comer conmigo?—dijo Beatriz fingiendo un provocativo asombro;—¿no le asustarían á usted mis huesos, y tendrá usted bastante independencia para colmarme de alegría con esa pequeña muestra de afecto?

—Permítame usted únicamente que le escriba cuatro letras á Sabina á fin de no hacerla esperar hasta las nueve.

—Vea usted, ahí tiene la mesa en que yo escribo—dijo Beatriz.

Y ella misma encendió las bujías y llevó una á la mesa escritorio, á fin de leer lo que Calixto escribía.

«Mi querida Sabina...»

—¿Querida? ¡Cómo! ¿aun quiere usted á su mujer?—le dijo con un aire tan frío, que le heló hasta la médula de los huesos.

«...Como en la fonda con unos amigos...»

—¡Qué mentira! Vaya, es usted indigno de ser amado por ella y por mí... ¡Qué cobardes son los hombres con nosotras! ¡Vaya, caballero, vaya usted á comer con su querida Sabina!

Calixto se dejó caer sobre el sofá y se puso pálido como un muerto.

Los bretones poseen una naturaleza tan viril, que las dificultades, lejos de arredrarles, los animan. El joven barón se irguió de pronto, apoyó el codo en la mesa y la mano en la mejilla y miró con chispeantes ojos á la implacable Beatriz. Estuvo tan admirable, que una mujer del Norte ó del Mediodía hubiera caído de rodillas diciéndole: «¡Tómame!» Pero Beatriz, nacida en la frontera de Normandía y Bretaña, pertenecía á la raza de los Casterán y el abandono en que se veía había desarrollado en ella las ferocidades del franco y la maldad del normando. Necesitaba vengarse de una manera notoria para todo el mundo y no cedió á aquel sublime movimiento.

—Dícteme usted lo que he de escribir, y obedeceré—dijo el pobre muchacho.—Pero luego...

—Pues bien, sí; entonces me convencería de que me amas como me amabas en Gueranda. Escribe: «Como fuera de casa. No me esperes.»

—¿Y...?—dijo Calixto, que esperaba algo más.

—Y nada más, firme usted. Bien—dijo Beatriz saltándole al cuello con feroz alegría.—Ahora voy á mandar que lleven esta carta á su destino.

—Y después...—exclamó Calixto levantándose como hombre feliz.



—¡Ah! me parece que no he adquirido ningún compromiso—dijo la marquesa volviéndose y deteniéndose á la mitad del camino, después de haber tocado el timbre.—Mire usted, Antonio, mande usted que lleven esta carta á su destino. El señor comerá conmigo.

Calixto volvió á su casa á las dos de la madrugada. Después de haberle esperado hasta las doce y media, Sabina se había acostado muerta de cansancio, y dormía, aunque no había dejado de sorprenderle el laconismo de la carta de su marido, laconismo que ella se explicó... pues el amor verdadero comienza siempre en la mujer por explicarlo todo en beneficio del hombre amado.

—Tendría prisa—se dijo Sabina.

Al día siguiente por la mañana, el niño estaba mejor y las inquietudes de la madre se habían calmado. Llevando al pequeño Calixto en brazos, la esposa fué á enseñárselo al padre algunos momentos antes del almuerzo, haciendo esas bonitas locuras y diciendo esas palabras tontas que hacen y dicen las madres jóvenes. Esta escena conyugal permitió á Calixto ocultar su inquietud, mostrándose cariñosísimo con su mujer, al mismo tiempo que se consideraba un monstruo. El padre jugó como un niño con su vástago, llegando hasta á exagerar su disimulo; pero Sabina no había llegado á ese grado de desconfianza con que una mujer se fija hasta en los más insignificantes detalles.

Por fin, mientras almorzaban, Sabina le preguntó:

—¿Dónde estuviste ayer?

—Portenduere me invitó á comer y después nos fuimos al Club á jugar algunos partidos de whist.

—Qué vida más tonta, Calixto mío—replicó Sabina.— Los jóvenes hidalgos de hoy debían pensar en reconquistar en su país todo el terreno que sus padres perdieron. Fumando, jugando al whist, distrayendo la ociosidad, entreteniéndose en decir impertinencias á los advenedizos y separándose de las masas, en lugar de servirlos, no es ciertamente como se llega á recobrar el prestigio. Como ha dicho muy bien de Marsay, los nobles no seréis más que una opinión, en lugar de ser un partido. ¡Ah! ¡si supieses cuánto ha aumentado mi ambición desde que crío á nuestro hijo! Quisiera ver que el nombre de los Guenic se hacía histórico.

De pronto, fijando su mirada en los ojos de Calixto, que la escuchaba con aire pensativo, le dijo:

—Confiesa que para ser la primera carta que me has escrito, es un poco seca.

—No me acordé de advertirte nada hasta que estuve en el Club.

—Sin embargo, me escribiste en papel de mujer; la carta exhalaba un perfume femenino.

—¡Son tan extravagantes esos directores del Club!...

Los vizcondes de Portenduere, matrimonio encantador, se habían hecho amigos tan íntimos de los Guenic, que ambas familias tenían un palco á medias en los Italianos. Las dos recién casadas, Úrsula y Sabina, habían trabado amistad muy estrecha á causa de sus continuas conversaciones acerca de la manera de cuidar y de criar á los hijos. Mientras que Calixto, novicio aún en el arte del fingimiento, se decía: «Iré á avisar Saviniano», Sabina se decía: «Me parece que el papel tiene una corona». Esta reflexión hirió como un rayo la conciencia de la esposa, la cual, como no estuviese segura de su aserto, sintió haber dicho tal, y se propuso ir á buscar la carta que la víspera, en medio de los terrores que la dominaban, había arrojado á la cajita de guardar las cartas.

Después del almuerzo, Calixto salió diciendo á su mujer que volvía en seguida, y tomando uno de esos coches con que empezaban á reemplazarse los incómodos cabriolés de nuestros antepasados, llegó en pocos minutos á la calle de los Santos Padres, donde vivía el vizconde, al cual rogó que le hiciese el favor de mentir en el caso de que Sabina interrogase á la vizcondesa. Una vez fuera, Calixto, recomendando al cochero que arrease, se fué en pocos momentos de la calle de los Santos Padres á la de Courcelles, á fin de saber cómo había pasado el resto de la noche Beatriz, á la cual encontró ya fuera del baño, fresca, hermosa y almorzando con gran apetito. Calixto admiró la gracia con que aquel ángel comía huevos pasados por agua, y admiróse del magnífico servicio de oro, regalo de un lord melómano á quien Conti había hecho algunas romanzas que aquel publicó como suyas.

El enamorado Calixto escuchó algunas frases picantes de su ídolo, cuyo objeto era distraerle enfadándose y llorando cuando Calixto deseaba marcharse, y creyendo que no había estado más que media hora, resultó que cuando entró en su casa eran las tres. Su hermoso caballo inglés,



regalo de la vizcondesa de Grandlieu, estaba tan empapado de sudor, que parecía que había tomado un baño.

Por una casualidad que buscan todas las mujeres celosas, Sabina se asomaba á una ventana que daba al patio, impaciente al ver que no volvía Calixto é inquieta sin saber por qué; y el estado del caballo, cuya boca echaba espuma, le llamó la atención.

—¿De dónde vendrá?

Esta interrogación le fué sugerida por esa potencia que no es la conciencia, que es el demonio, que no es el ángel, pero que ve, que presiente, que nos muestra lo desconocido, que hace creer en seres morales y en criaturas nacidas en nuestro cerebro y que va y viene viviendo en la esfera invisible de las ideas.

—¿De dónde vienes, ángel mio?—dijo Sabina á Calixto saliéndole al encuentro á la escalera.—Abd-el-Kader está casi reventado, y después de decirme que sólo tardabas un instante, me has tenido esperándote tres horas...

—Vamos—se dijo Calixto, que hacía progresos en el arte del disimulo,—saldré de este apuro con un regalo. Nodriz querida—dijo en voz alta á su mujer, tomándola por el talle con un entusiasmo que seguramente no hubiese desplegado si no fuese culpable,—ya veo que es imposible tener un secreto, por inocente que sea, para una mujer que nos ama.

—¡Hombre! los secretos no se dicen en la escalera; ven—le respondió ella riéndose.

En medio del salón que precedía al dormitorio, Sabina vió en un espejo la cara de Calixto, el cual, como no se creyó observado, dejaba ver su cansancio y su mal humor.

—¿Y el secreto?—le dijo la esposa volviéndose.

—Como has mostrado un heroísmo de nodriz que contribuye á hacerme más querido al presunto heredero de los Guenic, he querido darte una sorpresa enteramente lo mismo que si fuese un plebeyo de la calle de San Dionisio. En este momento están acabando para ti un tocador en el que han trabajado grandes artistas y á cuyo pago han contribuido también mi madre y mi tía Ceferina.

Sabina, loca de alegría, no por el regalo, sino al ver disipada su sospecha, se arrojó al cuello de Calixto y lo mantuvo estrechado contra su corazón. Este impulso fué hijo de uno de esos entusiasmos magníficos que no todos los amores, aunque sean grandes, pueden sentir, porque acabarían por

entregar pronto la vida. Cuando se ven arranques de este género, los hombres de bien caen á los pies de las mujeres para adorarlas, pues constituyen uno de esos momentos sublimes en que el corazón y la inteligencia emplean todas sus fuerzas para esperar un cariño indescriptible. Sabina rompió en dulce llanto. Pero de pronto, como mordida por un áspid, dejó á Calixto, se tumbó sobre un diván y se desmayó, pues la reacción súbita del frío en su corazón inflamado estuvo á punto de matarla: estando abrazada á Calixto, con la boca pegada á su corbata y entregada por completo á su alegría, había sentido el perfume del papel de la carta. Otra mujer hubiera caído redonda al percibir aquel olor adúltero. Sabina acababa de besar en el mismo sitio en que los besos de su rival estaban aún calientes.

—¿Qué tienes?—le dijo Calixto á Sabina después de haberla hecho volver en sí humedeciéndole las sienes.

—Vaya usted á buscar á mi médico y á mi partera, á los dos. Sí, siento que se me ha cortado la leche. Si no va usted mismo, no vendrían en seguida.

El *usted* admiró á Calixto, el cual, muy asustado, salió precipitadamente. Tan pronto como Sabina oyó que se cerraba la puerta cochera, se levantó como una corza asustada y empezó á dar vueltas por el salón gritando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Estas exclamaciones daban idea de su desolación.

La crisis que ella había anunciado como pretexto se presentó: sus cabellos se convirtieron en otras tantas agujas candentes, su ardiente sangre pareció querer brotar por los poros, cegó un momento y gritó:

—¡Me muero!

Cuando al oír este terrible grito de madre y de esposa herida, entró la camarera, y cuando trasladada Sabina al lecho, recobró el conocimiento, sus primeras palabras fueron para enviar á la criada á casa de su amiga la señora de Portenduere. Sabina sintió que las ideas rodaban en su cerebro como un torbellino.

—Tuve millares de pensamientos á la vez—decía ella después.

En medio de los transportes de la fiebre, llamó también al ayuda de cámara y tuvo aún fuerza para escribir esta carta llevada de su rabioso deseo de salir de la incertidumbre:



## A LA SEÑORA BARONESA DE GUENIC

«Querida mamá: Cuando venga usted á París, como me ha prometido, tendré el gusto de darle las gracias por el hermoso regalo con que usted, mi tía Ceferina y Calixto han querido premiarme por haber cumplido con mis deberes. No sé para qué han hecho eso, pues mi felicidad me indemniza sobradamente de las molestias que me he tomado. Renuncio á expresarle el placer que me ha causado este hermoso tocador, y espero, para hacerlo, á que esté usted á mi lado. No dude usted que cuando me atavie delante de esta hermosa joya pensaré siempre, como aquella dama romana, que mi mejor joya es nuestro querido angelito...» etc.

Y mandó á su camarera que echase esta carta al buzón. Cuando la vizcondesa de Portenduere se presentó, Sabina, después de su paroxismo de locura, empezaba á sentir los escalofríos de una elevada fiebre.

—Ursula, me parece que voy á morir—le dijo.

—¿Qué tienes, querida mía?

—¿Qué hicieron ayer Saviniano y Calixto después de comer en tu casa?

—¿De comer?—repitió Ursula, que no estaba aún advertida por su marido.—Saviniano y yo comimos juntos y nos fuimos después á los Italianos sin Calixto.

—Ursula, querida mía, en nombre de tu amor por Calixto, guárdame el secreto de lo que voy á decirte. Tú sola conocerás la causa de mi muerte... Al cabo de tres años de casada, y cuando sólo cuento veintidós, me veo ya abandonada.

Y al decir esto, sus dientes chocaban, su mirada era extraviada y su tez tomaba el color verdoso de un antiguo espejo de Venecia.

—¿Tú, tan hermosa! y ¿por quién?

—¡No lo sé! Pero Calixto me ha dicho dos mentiras; no digas ni una palabra. No me compadezcas, no te enfades, hazte la ignorante. Tú sabrás acaso quién es ella por Saviniano. ¡Oh! ¡la carta de ayer!

Y temblando y en camisa, se encaminó á una consola y tomó la carta.

—¡Una corona de marquesa!—dijo metiéndose en la cama.

—¿Sabes si está en París la señora de Rochefide? ¡Ah! ¡hija mía, ver una deshechas sus creencias, su poesía, su ídolo, su dicha, su virtud, todo! ¡Ya no hay Dios para mí en el cielo, ni amor en la tierra, ni vida en mi corazón! ¡nadá! Ya no sé si es de día, porque dudo hasta del sol... En fin, siento tanto dolor en mi corazón, que casi no siento los atroces sufrimientos que hieren mi pecho. Afortunadamente, el pequeño está ya destetado, porque de otro modo mi leche hubiera sido para él un veneno.

Al ocurrírsele esta idea, un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Sabina, secos hasta entonces.

La bonita señora de Portenduere, teniendo en la mano la fatal carta que Sabina había olfateado una vez más, permanecía alelada, al ver aquel dolor tan grande, y sorprendida ante aquella agonía de amor que ella no podía explicarse, á pesar de las incoherentes palabras con que Sabina procuró contarle la escena ocurrida. De pronto, Ursula, iluminada por una de esas ideas que sólo se le ocurren á una amiga sincera, se dijo:

—¡Hay que salvarla!

Y después, añadió en voz alta:

—Sabina, espérame que voy á averiguar la verdad.

—¡Oh! sí, ¡corre, que te lo agradeceré hasta en la tumba!

—dijo Sabina.

La vizcondesa se fué á casa de la duquesa de Grandlieu, le exigió el más profundo silencio y le comunicó la situación de Sabina.

—Señora—le dijo la vizcondesa,—¿no le parece á usted que para evitar una enfermedad, ó acaso la locura, debemos comunicárselo todo al médico y disculpar por el momento á ese pillo de Calixto?

—Hija mía—dijo la duquesa asustada,—ha obrado usted con la cordura de una vieja. Yo sé cómo Sabina ama á su marido, y opino, como usted, que podría volverse loca.

—Y hasta quedarse fea, lo cual sería aún peor—añadió la vizcondesa.

—¡Corramos!—gritó la duquesa.

Afortunadamente, las dos mujeres llegaron antes que el famoso comadrón Dommanget, único sabio á quien Calixto encontró en su casa.

—Ursula me lo ha contado todo—dijo la duquesa á su hija,—y te engañas. En primer lugar, Beatriz no está en



París, y respecto á lo que hizo ayer tu marido, sabe que perdió mucho dinero y ahora se encuentra apurado para pagar el tocador.

—¿Y esto?—dijo Sabina á su madre tendiéndole la carta.

—Esto—exclamó la duquesa riéndose—es el papel del Jockey Club; todo el mundo escribe allí en papel timbrado. Antes de poco, veremos hasta á los tenderos con títulos.

Y esto diciendo, la prudente madre arrojó al fuego el malhadado papel. Cuando Calixto y Dommanget llegaron, la duquesa, advertida por los criados, dejó á Sabina con la señora de Portenduere y detuvo en el salón al comadrón y á Calixto.

—Caballero, se trata de la vida de Sabina—le dijo al joven esposo.—Usted le ha sido infiel por la señora de Rochefide.

Calixto se ruborizó como una doncella sorprendida en su primera falta.

—Y como no ha sabido usted engañarla—dijo la duquesa continuando,—ha cometido tantas torpezas, que Sabina lo ha adivinado todo; pero, afortunadamente, estoy yo aquí. Usted no desea la muerte de mi hija, ¿verdad? Pues bien, señor Dommanget, con esto, ya conoce usted la causa de la enfermedad. Respecto á usted, Calixto, le diré que una vieja como yo concibe su error, pero no lo perdona. Semejantes perdones sólo se adquieren procurando á la mujer toda una vida de dicha. Si quiere que yo le estime, salve primero á mi hija y olvide luego á la señora de Rochefide, que sólo es buena para ser visitada una vez. Sepa usted mentir y tenga a desvergüenza y el valor del criminal... Yo también he mentido, y tendré que hacer ahora rudas penitencias por este pecado mortal.

Y acto continuo, le puso al corriente de las mentiras que debía decir. El hábil tocólogo, sentado á la cabecera de la enferma, estudiaba ya, por los síntomas, los medios de cortar el mal. Mientras ordenaba que se tomasen medidas cuyo éxito dependía de la mayor rapidez en la ejecución, Calixto, sentado á los pies de la cama, fijó sus ojos en Sabina procurando dar á sus miradas una viva expresión de ternura.

—¿Ha sido el juego lo que le ha cerrado á usted los ojos de ese modo?—le dijo Sabina con voz débil.

Esta frase hizo temblar al médico, á la madre y á la viz-

condesa, los cuales se miraron de reojo. Calixto se puso encarnado como una cereza.

—He aquí lo que tiene el criar—dijo brutalmente Dommanget.—Los maridos se aburren estando separados de sus mujeres y se van al Club á jugar... Pero no le importen á usted los treinta mil francos que el barón ha perdido esta noche.

—¡Treinta mil francos!—dijo Ursula con fingido asombro.

—Sí, esta mañana me han dicho en casa de la duquesa Berta de Maufrigneuse que el señor de Trailles le había ganado á usted esta suma—dijo Dommanget dirigiéndose á Calixto.—Pero ¿cómo puede usted jugar con ese hombre? Francamente, señor barón, concibo su vergüenza.

Al ver á su suegra, que era una piadosa duquesa, á la joven vizcondesa, que era una mujer feliz, y al anciano partero, que era un egoísta, mintiendo como comerciantes, el bueno y noble Calixto comprendió la grandeza del peligro y derramó dos gruesas lágrimas que engañaron á Sabina.

—Señor mío—dijo la esposa irguiéndose y mirando á Dommanget con cólera,—el señor de Guenic puede perder treinta, cincuenta y cien mil francos si quiere, sin que nadie se crea por eso con derecho á darle lecciones. Vale más que el señor de Trailles le haya ganado el dinero, que no que se lo hubiésemos ganado nosotros á él.

Calixto se levantó, tomó á su mujer por el cuello, le besó los dos carrillos y le dijo al oído:

—Sabina, eres un ángel.

Dos días después, se consideró á la joven salvada. Al día siguiente, Calixto estaba en casa de la señora de Rochefide, haciendo alarde de su infamia.

—Beatriz, me es usted deudora de la dicha—le decía.—Le he entregado á usted á mi pobre mujer, y ella lo ha descubierto todo. Aquel fatal papel que me dió usted para escribir y que llevaba su nombre y su corona, que yo no vi... como que no veía más que á usted... Afortunadamente, su inicial estaba borrada; pero el perfume que usted dejó en mí y las mentiras en que yo me embrollé como un tonto, lo descubrieron todo. Sabina ha estado á punto de morir; la leche se le subió á la cabeza y sufre una erisipela cuyas marcas conservará acaso toda la vida.

—¡Tanto mejor!—respondió Beatriz;—de ese modo, tal vez se ponga más blanca.



Y la marquesa, que se había vuelto seca como sus huesos, desigual como su tez y agria como su voz, continuó en este tono soltando atroces epigramas. La mayor tontería que puede hacer un marido es hablar de su mujer, cuando es virtuosa, á su querida, ó hablar de su querida, cuando es hermosa, á su mujer. Pero Calixto no había recibido aun esa especie de educación parisiense que es preciso denominar la cortesía de las pasiones, y no sabía ni mentir á su mujer, ni decir la verdad á su querida, dos cosas estas necesarias para poder manejar á las mujeres. Así es que se vió obligado á emplear todo el poder de su pasión para obtener de Beatriz un perdón solicitado durante dos horas, negado por un ángel corroído, que levantaba los ojos al techo para no ver al culpable y que le daba sus quejas con voz entrecortada por unas cuantas lágrimas enjugadas furtivamente con el encaje del pañuelo.

—¡Hablarle de su mujer al día siguiente de mi falta! ¿Por qué no me dice usted que es una perla de virtud? Sí, ya lo sé, ella le quiere á usted porque le encuentra hermoso, ¡qué depravación! Yo sólo amo su alma porque, sépalo, es usted horroroso comparado con algunos pastores de la campiña de Roma... etc.

Esta fraseología podía sorprender, pero constituía un sistema profundamente meditado por Beatriz. En la tercera encarnación, pues en cada pasión la mujer cambia por completo, se hacen grandes progresos en la escuela del engaño, única palabra con que puede denominarse la experiencia que se adquiere con tales aventuras. Ahora bien, la marquesa de Rochefide se había juzgado al espejo. Las mujeres de talento no se engañan nunca á sí mismas; cuentan sus arrugas, se conocen á las mil maravillas, y así lo hacen ver con los grandes esfuerzos que realizan para conservarse. De modo que para luchar con una joven espléndida y poder obtener triunfos, Beatriz se armaba con la ciencia del tocador. Sin confesarse la fealdad de este plan, y arrastrada á emplear estos medios por la pasión turca que sentía por Calixto, la marquesa se había propuesto hacerle creer que era feo y deforme, y portarse con él como si le odiase. Ningún sistema es mejor que este con los hombres conquistadores por naturaleza. Encontrar este sabio desdén que vencer ¿no equivale para ellos al triunfo del primer día, renovado todos los días? Más aún; es la adulación disfrazada con la librea del odio, y un hombre

no puede menos de decirse entonces: «¡Soy irresistible!» ó bien: «¡Debo saber amar cuando sé vencer su repugnancia!» Si negáis este principio adivinado por las coquetas y las cortesanas de todas las zonas sociales, neguemos los tenorios de oficio. Beatriz había añadido al empleo del desprecio, como arma moral, la comparación perpetua del bienestar poético y confortable de su casa, en competencia continua con el del palacio de Guenic. Toda esposa cansada que se abandona, abandona también su hogar. Previendo esto, la señora de Rochefide empezaba á hacer sordos ataques al hijo del arrabal Saint-Germain, calificado de estúpido por ella. La escena de la reconciliación, en la cual Beatriz hizo jurar odio á la esposa que, según ella, desempeñaba la comedia de fingirse enferma, ocurrió en un verdadero vergel donde ella hacía carantoñas rodeada de hermosas flores y de jardinerías sumamente lujosas. La ciencia de las insignificancias y de las bagatelas á la moda fué puesta en práctica por ella hasta el extremo. Al verse despreciada por Conti, Beatriz deseó al menos la gloria de la perversidad. La desgracia de una esposa joven, de una Grandlieu rica y hermosa, iba á ser para ella un pedestal.

Cuando una mujer acaba de criar á su primer hijo, se vuelve encantadora y se embellece, y si esta fase de la maternidad rejuvenece á las mujeres de alguna edad, comunica á las jóvenes un brío, un esplendor y una actividad sorprendentes. Procurando reanudar las encantadoras costumbres de la luna de miel, Sabina vió que Calixto no era ya el mismo. La desgraciada, en lugar de entregarse á su dicha, se puso á observar á su marido; buscó el fatal perfume del adulterio y lo encontró. No queriendo confiar ya en su madre ni en su amiga, que habían tenido la caridad de engañarla, quiso tener la certidumbre de su desgracia, y la certidumbre no se dejó esperar. La certidumbre no falta nunca, y es en amor una repetición de la fábula del leñador llamando á la Muerte.

Una mañana, quince días después de la terrible crisis, Sabina recibió esta terrible carta:



## A LA SEÑORA BARONESA DE GUENIC

«Gueranda.

»Querida hija: Mi cuñada Ceferina y yo nos hemos devanado los sesos pensando en el tocador á que se refiere usted, y hemos decidido escribirle á Calixto y rogarle á usted que perdone nuestra ignorancia. Usted no puede dudar de nuestros corazones. Su fortuna aumenta prodigiosamente, y gracias á los consejos de la señorita de Pen-Hoël, dentro de algunos años podrán ustedes contar con un capital considerable.

»Su carta, hija mía tan amada como si la hubiese llevado en mi seno y como si la hubiese criado en mis pechos, me ha sorprendido por su laconismo y sobre todo por su silencio acerca del pequeño Calixto. Del grande nada tiene usted que decirme, ya sé que es feliz; pero...» etc.

Sabina escribió lo siguiente en el reverso de esta carta y la colocó sobre la mesa despacho de Calixto: «No es posible que la noble Bretaña mienta.»

Calixto encontró esta carta y la leyó, y después de haber reconocido la letra de Sabina, la arrojó al fuego dispuesto á fingir que no la había visto. La esposa pasó una semana entera en medio de angustias cuya naturaleza podrán conocer únicamente las almas angelicales ó solitarias que no han sido contagiadas por el ángel malo. El silencio de Calixto asustaba á Sabina.

—Yo, que debía ser todo cariño y todo placer para él, le he desagradado, le he ofendido... Mi virtud se ha hecho odiosa y he humillado, sin duda, á mi ídolo—se decía la joven esposa.

Estos pensamientos herían el corazón de Sabina, la cual sentía deseos de pedir perdón por su falta; pero la certidumbre no tardó en aportarle nuevas pruebas.

Atrevida é insolente, Beatriz escribió un día á Calixto á su casa; la señora de Guenic recibió la carta y se la entregó á su marido sin abrirla, pero le dejó con la muerte en el alma.

—Amigo mío, esa carta viene del Jockey Club. La conoczo por el olor y el papel.

Calixto se puso encarnado y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué no la lees?

—Ya sé lo que dice.

La joven se sentó, y esta vez no tuvo fiebre, ni lloró, pero sí sintió una de esas rabias que conducen al crimen y que hacen desear la muerte. La criada le presentó al pequeño Calixto, y ella lo tomó en brazos para pasearlo. El niño, destetado recientemente, buscaba el pecho á través de las ropas.

—¿Cómo se acuerda el pobrecillo!—se dijo la madre.

Calixto se fué á leer la carta á su cuarto, y una vez que no estuvo presente, la pobre mujer empezó á llorar como lloran las mujeres cuando están solas.

El dolor, lo mismo que el placer, tiene su iniciación. Una crisis como la que había estado á punto de matar á Sabina no se repite nunca, como no se repiten las primicias de nada. El primer golpe es el más terrible para el corazón, porque los demás se esperan y nuestras fuerzas se aprestan para la resistencia. Así es que Sabina, segura ya de la infidelidad de su esposo, llevaba tres horas sentada en un rincón con su hijo, cuando Gasselín se presentó á decirle:

—La mesa está puesta.

—Avisé usted al señor.

—El señor no come en casa, señora baronesa.

¿Quién puede concebir el suplicio de una mujer de veintitrés años que se encuentra sola en el inmenso comedor de un palacio antiguo, servida por silenciosos criados y en semejantes circunstancias?

—Diga usted que enganchen—dijo de pronto;—voy á los Italianos.

Y dicho esto, fué á vestirse espléndidamente para mostrarse ante el mundo sola y sonriente como una mujer feliz. En medio de los remordimientos que le había causado la coletilla que había añadido á la carta de su suegra, había resuelto vencer y atraer hacia sí á Calixto mediante una amabilidad excesiva, las virtudes de esposa y una ternura de cordero pascual. Quiso engañar á todo París. Sabina amaba como aman los cortesanos y los ángeles, con orgullo y humildad. Pero se representaba *Otello*, y cuando Rubini cantó *Il mio cor si divide*, la joven se marchó. La música es á veces más poderosa que el poeta y que el actor, que son los dos poderes más grandes reunidos. Saviniano de Por-



tendiere acompañó á Sabina hasta el coche sin poder explicarse su precipitada huida.

La señora de Guenic entró desde entonces en un período de sufrimientos propios de la aristocracia. Envidiosos, pobres, enfermos, cuando veáis en los brazos de las mujeres esas serpientes de oro con cabeza de diamantes, esos collares, esos medallones, decfos que esos viperos muerden, que esos collares tienen puntas venenosas y que esos medallones penetran en las carnes delicadas. Todo ese lujo se paga. En la situación de Sabina, las mujeres maldicen los placeres de la riqueza, no ven los dorados de sus salones, la seda se convierte en estopa, las flores exóticas son hortigas, los perfumes hieden, los milagros de la cocina amargan y la vida se hace insoportable.

Dos ó tres ejemplos bastarán para demostrar este cambio que sufre un salón ó una mujer.

Convencida de la espantosa realidad, Sabina estudiaba á su marido cuando salía para adivinar cuál sería el fin de aquel día.

¡Y con qué furor contenido no soporta una mujer estos salvajes suplicios!... ¡Qué delirante alegría cuando sabía que su esposo no iba á la calle de Courcelles! Cuando Calixto volvía á casa, la observación de su frente, de su peinado, de sus ojos y de su actitud daba un horrible interés á detalles insignificantes, á fútiles observaciones que hacen perder á una mujer su nobleza y su dignidad. Estas funestas investigaciones, no comunicadas á nadie, acaban por corromper el corazón y por aniquilar las raíces delicadas que alimentan la santa confianza y el amor único.

Un día que Calixto se quedó en casa, no pudiendo ocultar su mal humor, lo encontró todo malo. Sabina fingióse cariñosa, humilde y alegre, y le dijo:

—Calixto, veo que estás enfadado conmigo. ¿No soy una buena esposa? ¿Qué encuentras en casa desagradable?

—Todas estas habitaciones están desnudas y frías; usted no entiende de esto.

—Pues ¿qué falta?

—Flores.

—Esta bien—se dijo para sus adentros Sabina;—al parecer, á la señora de Rochefide le gustan las flores.

Dos días después, las habitaciones habían cambiado por completo en el palacio de Guenic y nadie podía alabarse en

París de tener flores más hermosas que las que allí se encerraban.

Algún tiempo después, Calixto, una noche, después de comer, se quejó de frío dando vueltas en su asiento para mirar por dónde entraba el aire y buscando algo en torno suyo. Sabina procuró adivinar lo que significaba aquel nuevo capricho, pues sólo podía calificarse de capricho, toda vez que el palacio tenía un calorífero que calentaba las escaleras, las antesalas y los pasillos. Por fin, después de tres días de meditación, cayó en que su rival debía rodearse de un biombo para obtener esa semiobscuridad tan favorable para la decadencia del rostro, y adquirió uno de espejos y de una riqueza israelita.

—¿De dónde soplará el viento ahora?—se decía.

Pero aún no había caído en todas las astucias de la querida. Calixto comía en su casa malhumorado y devolvía los platos á los criados después de haber comido dos ó tres cucharadas.

—¿No está bueno?—le preguntaba Sabina desesperada al ver perdidos todos los esfuerzos que hacía yendo á conferenciar con el cocinero.

—No, ángel mío—respondía Calixto sin enfadarse,—es que no tengo gana.

Una mujer devorada por una pasión legítima y que lucha de este modo, se entrega á una especie de rabia para sobrepujar á su rival y traspasa á veces los límites de la consecuencia hasta en las regiones secretas del matrimonio. Este combate tan cruel, ardiente, incesante en las cosas visibles y, por decirlo así, en las cosas exteriores del matrimonio, tiene lugar también en las cosas del corazón. Sabina estudiaba sus posturas, su atavío y hasta los más insignificantes detalles de su persona.

La cuestión de la cocina duró cerca de un mes. Sabina, ayudada de Marieta y Gasselin, inventó astucias de comedia para saber cuáles eran los platos que la señora de Rochefide servía á Calixto. Gasselin reemplazó al cochero de su amo, que se fingió enfermo por orden de la señora, y de este modo, el anciano criado pudo trabar amistad con la cocinera de Beatriz, sabiendo así Sabina los secretos de la cocina de su rival; pero todavía no acabó en esto, pues su marido siguió mostrándose descontento.

—¿Qué falta ahora?—le preguntó ella un día.